

# EL ASESINO DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

## EL ASESINO DE SHARPE

Richard Sharpe y la ocupación de París, 1815

Traducción de Tomás Fernández Aúz



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Assassin*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2024

© Bernard Cornwell, 2021  
© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2024  
© de la presente edición: Edhasa, 2024  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6186-5

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 14345-2024

Impreso en España

Dedico *El asesino de Sharpe*  
a Whiskey,  
mi maravilloso perro,  
que ha estado haciéndome compañía  
en once de los libros que llevo escritos  
y que falleció justo al culminar este último.

# PRIMERA PARTE

## La fortaleza

## CAPÍTULO 1

Tres hombres recortaban su silueta en lo alto de la cumbre. Sólo dos seguían con vida.

Uno de los que todavía alentaban, un tipo alto y flaco de tez quemada por el sol y armado con un zapapico, estrellaba repetidamente la hoja de la herramienta contra el suelo sin apenas vencer el duro empecinamiento de la tierra. No había tenido dificultad en excavar los primeros treinta centímetros, pero los aguaceros de la antevíspera no habían llegado a ablandar el grueso y petrificado estrato arcilloso oculto bajo la superficie, con lo que, por fuerte que lo golpeará con el acero, no había forma de ahondar en la costra de greda.

–¡Esto me va a llevar todo el puto día! –gruñía el desdichado.

–¡Déjame a mí! –intervino el segundo individuo. Forrado y de estatura aún mayor que la de su compañero, la poderosa musculatura del joven con acento irlandés pugnaba por entrar de inmediato en acción–. Tú ve y coge la pala...

–¡Quiero hacerlo yo! –porfió con hosco malhumor el primer esforzado mientras estampaba una vez más el hierro contra el suelo. Se hallaba desnudo de cintura para arriba, cubierto únicamente por un tosco sombrero de paja. Unas botas altas que lo cubrían hasta la pantorrilla y unos zahones de caballería completaban su vestimenta. De un árbol

cercano pendían su camisa y su guerrera verde de fusilero, junto con su pesado sable de servicio, el rojo y desgarrado fajín de oficial y el rifle reglamentario.

–Ya te había dicho yo que lo mejor era hacer el hoyo en el valle –escupió el grandullón–. La tierra es menos dura en esa zona...

–Tiene que ser aquí, Pat. A Dan siempre le gustó pelear en una posición ventajosa.

–Voy a echarlo de menos... –confesó tristemente Patrick Harper.

–¡Malditos gabachos! –El pico se abatió una vez más sobre el suelo–. Alcánzame esa pala...

–¡Yo lo haré! –se alteró Harper–. ¡Hazme sitio!

Se dejó caer en la apenas esbozada tumba y empezó a rascar con el hierro la arenilla y las piedras sueltas.

El oficial se acercó al árbol y descolgó el arma de fuego.

–Lo enterraré junto a él –declaró.

–¿Y por qué eliges tu rifle y no el suyo?

–Porque el que él tenía es mejor que el mío. Sé que a Dan no le importaría.

–No hay duda de que mimaba el fusil, desde luego...

El cadáver de Dan Hagman yacía en la hierba. Había caído ante el fuego de un voltígero francés en la batalla que se había librado el día anterior en aquel mismo reborde rocoso. En su mayor parte, los muertos del batallón estaban siendo sepultados en una fosa poco profunda situada en la banda de terreno baja próxima al Château de Hougomont, cuyas paredes todavía destilaban humo debido al incendio que había devastado su edificio principal. Más cerca aún de la mansión bailaban las llamaradas de un siniestro todavía mayor y más terrible, y la brisa traía, ladera arriba del pliegue montañoso, el hedor acre y penetrante de su letal furia.

El oficial acuclillado junto al cuerpo sin vida de Hagman acarició en ese preciso instante, casi con ternura, el rostro del muerto.

–Eras un buen hombre, Dan... –aseguró.

–Así es –se oyó decir al otro.

El mando, que respondía al nombre de Richard Sharpe, sacudió un puñadito de tierra acumulado en la guerrera verde de Dan Hagman, de cuya colada y remiendos solía ocuparse la esposa de uno de los miembros del batallón. Sharpe había limpiado el rostro de Hagman, aunque no había caudal de agua capaz de borrar las cárdenas quemaduras de pólvora aferradas a la mejilla derecha del soldado, todas ellas producto de la explosión del fulminante con el que detonaba la carga embutida en el cebo del fusil.

–Deberíamos decir alguna plegaria –musitó, contrito.

–Siempre que consigamos cavar lo suficientemente hondo como para que esto se convierta realmente en una tumba –gruñó Harper.

–Tú podrías encontrar las palabras adecuadas... Eres católico, ¿no?

–¡Por todos los santos! ¡Hace diez años que no piso una iglesia! –reconoció Harper–. Dudo mucho que Dios me preste atención.

–Pues si me miras a mí... ¡El Todopoderoso ni siquiera sabe que existo! –replicó Sharpe–. Me pregunto si Dan tenía costumbre de rezar...

–Solía cantar un himno muy hermoso –recordó Harper sin dejar de hincar profundamente el pico en tierra–. Esto va a estar listo enseguida –señaló al notar que el subsuelo, apisonado y compacto, se desagregaba por efecto de su brusco tirón.

–No quiero que los zorros desentierren a nuestro compañero.



–No te preocupes: le pondremos encima unos cuantos pedruscos de buen tamaño.

Sharpe había confeccionado un crucifijo de fortuna con las desvencijadas tablas de un armón de artillería. Había calentado al rojo la hoja de una bayoneta y grabado a fuego el nombre de Dan Hagman en el punto en el que se cruzaban las maderas, añadiendo después la aclaración: «fusilero». Arqueó la espalda en un intento de aliviar la tensión que le atenazaba los músculos y tendió la vista, sin expresión aparente, al otro lado de la suave vaguada que había asistido a los combates. Había cadáveres por todas partes, tanto de hombres como de caballos, y los sembrados aparecían prensados y cubiertos de zonas carbonizadas por efecto del fuego artillero.

–¡Joder, qué mal huele! –protestó Sharpe, señalando con un gesto de cabeza el flanco de la colina en el que ardían rabiosamente las hogueras más grandes, profusamente alimentadas con troncos sacados del bosquecillo situado al otro lado de Hougoumont. En ese mismo instante, los hombres llevaban afanosamente los cadáveres de los franceses hasta la gigantesca pira para arrojarlos a las llamas. Aunque los caídos del bando británico estaban recibiendo sepultura, el enemigo tenía que contentarse con viajar a la eternidad en las nerviosas lenguas de fuego de los vencedores. Sharpe dejó caer al suelo la cruz de madera y asió fuertemente la pala.

–Oficial en camino... –murmuró Harper a modo de advertencia.

Sharpe giró sobre sus talones y vio que se les acercaba un oficial de caballería.

–No es de los nuestros –dijo despreciativamente, volviendo a girar el torso para rascar la tierra que Harper había removido. El militar que se dirigía hacia ellos llevaba

unos calzones de color celeste y una guerrera azul marino sujeta por un fajín dorado.

A ojos de Sharpe, la ilógica pulcritud del uniforme no le permitía tomarse en serio a su portador. Los soldados que habían luchado en el alcor estaban sucios, tenían la vestimenta cubierta de barro, ennegrecida por marchitos cuajarones de sangre, y abrasada aquí y allá a causa de un sinfín de fogonazos de pólvora. Sin embargo, el joven oficial de caballería presentaba el aspecto de un individuo tan elegante como atildado.

–El muy cabronazo se ha parado a charlar con el sargento Huckfield –soltó abruptamente Harper pasando revista al jinete, que acababa de detenerse junto a un grupo de casacas rojas enfrascados en limpiar los mosquetes recogidos en el campo de batalla. Uno de los integrantes del corrillo hizo un gesto a Sharpe, arrancándole un taco por lo bajo y provocando con ello la hilaridad de Harper.

–Se te avecinan problemas, amigo –sentenció.

El oficial de primorosa librea hizo caracolear a la montura, clavó espuelas y enfiló rectamente en dirección a Sharpe y Harper. Al observar lo que estaban haciendo, el recién llegado no pudo reprimir una mueca de disgusto.

–Me indican que vosotros sabéis dónde puedo encontrar al teniente coronel Sharpe –señaló.

Unida a su bien almohazado animal y a su uniforme de precio, la dicción del joven, clara y diáfana, pregonaba a los cuatro vientos su acomodada posición.

–Lo tenéis delante, señoría –respondió Harper, exagerando su acento irlandés.

–¿Acaso sois vos? –se asombró el oficial, clavando con declarado escepticismo la mirada en su interlocutor.

–Yo soy el coronel Sharpe –terció el que venían a buscar.

Si al alto mando de la caballería inglesa la idea de que Harper fuera un oficial de notable graduación le había parecido inconcebible, la eventualidad de que lo fuese Sharpe se le antojó aún más ridícula. Desde luego, el hecho de que el hombre que buscaba se hallara de espaldas a él y de que entre los omóplatos desnudos se apreciaran los desgarros de una brutal tanda de latigazos pudo haber influido en su juicio. Sharpe echó lentamente hacia atrás el ala de su sombrero de paja y se volvió hacia el visitante.

–Y dígame, ¿quién es usted?

–El capitán Burrell, señor. Formo parte del Estado Mayor del duque.

–¿Lord Burrell? –En la voz de Sharpe vibraba un inconfundible timbre burlón.

–No, soy uno de sus hermanos, así que no, no tengo el gusto de ostentar ese rango, señor.

–¿Y qué puedo hacer por usted, Burrell? –inquirió el fusilero.

–Es precisamente el duque quien quiere verlo, señor mío...

–¡Ah! ¿Pero sigue en Waterloo?

–Está en Bruselas, señor. Esta mañana hemos viajado hasta allí a caballo.

–Primero tendré que terminar lo que tengo entre manos –repuso Sharpe, hundiendo la pala en tierra-. Y necesitaré afeitarme...

No se había rasurado en cuatro días y la barba le ennegrecía las mejillas.

–El duque me ha señalado que se trata de algo importante –se apresuró a contestar nerviosamente el joven Burrell-. Insiste en que se aceleren las cosas al máximo, señor.

Sharpe se enderezó y se irguió en toda su estatura.

—¿Ve usted a este combatiente muerto, capitán?

—¿Y cómo no habría de verlo, señor?

—Pues sepa que se encuentra usted ante un soldado jodidamente bueno y en presencia de un buen amigo mío. Este hombre ha marchado conmigo, hombro con hombro, de Portugal a Francia. Luego me acompañó hasta aquí, y un mal nacido hostigador gabacho ha acabado con su vida. Le debo una sepultura digna, y yo soy una persona que paga sus deudas. Si tiene usted tanta prisa, siempre puede apearse de su puto caballo y echarnos una mano.

—Creo que prefiero aguardar —se animó a decir, desconcertado, el oficial Burrell.

Los dos esforzados fusileros tardaron aún una hora en cavar una tumba lo suficientemente honda para dar su último cobijo al fallecido. No obstante, una vez dispuesto el funeral y tendido ya en tierra Dan Hagman, Sharpe colocó ceremoniosamente su propio rifle a un costado del finado y pasó el dedo índice del muerto por el guardamonte, dejándolo apoyado en el gatillo. Acto seguido, rozó suavemente con el dorso de la mano la mejilla que la pólvora había abrasado a Hagman y declaró:

—Si ves que te llevan al sitio equivocado, Dan, pégame un tiro al Diablo. Y no olvides decirle que es de mi parte...

Salió pesadamente del hoyo y ayudó a Harper a llenarlo nuevamente de tierra. Por último, lo cubrieron por completo con unas cuantas buenas piedras.

—¿Quieres decir unas palabras, Pat?

—No me lo pida a mí, señor. Necesitaríamos a alguien que sepa hablar con Dios y al que éste preste atención. Una oración mía tendría para el Altísimo el mismo valor que un pedo.

Sharpe soltó un gruñido malhumorado.

–Busca a alguien que pueda encomendar al cielo a este desdichado, Pat, pero que no sea Huckfield ni ningún jodido metodista...

Sharpe levantó la vista hacia Burrell, que había estado deambulando al paso sobre su caballo, arriba y abajo de la elevación que habían defendido las tropas de Wellington, como quien se muere de impaciencia por emprender la marcha.

–Bueno, ¿y qué es lo que desea el duque?

–Será mejor que él mismo se lo indique, señor. Y recuerde que me urgió a solicitarle la mayor premura posible.

Burrell titubeó un instante antes de proseguir:

–¿Es que no le gustan los metodistas, señor?

–Odio a esos bastardos –respondió Sharpe–. Todo lo que hacen es sermonearme. De sobra sé que soy un gran pecador, así que no necesito que nadie me lo recuerde. No, todo lo que pretendo es que alguien pronuncie una buena plegaria en memoria de un hombre que siempre hizo el bien.

Enfrascado en estas disquisiciones, Sharpe siguió paleando tierra hasta cubrir la tumba, levantar un pequeño montículo sobre ella, e hincar finalmente en el suelo la burda cruz de madera. Justo cuando estaba dando los últimos toques a su dura labor, vio llegar a Pat Harper. Venía acompañado de un jovencito pálido y larguirucho.

–¿Quién demonios es usted? –soltó Sharpe a bocajarro.

–El soldado raso Bee, señor –acertó a explicar nerviosamente el muchachito. Nadie le habría echado más de diecisiete años, como mucho.

Era fino y escuchimizado como una baqueta, y los largos cabellos negros le rodaban hasta los hombros. Vestía una reluciente casaca roja, sin rastro de lodo ni trozos chamuscados por la pólvora.

–Esta mañana hemos recibido una remesa de tropas nuevas –dijo Harper a modo de explicación–. Treinta y siete hombres en total. El joven Bee es parte de esa carne fresca...

–¿Así que te has perdido la batalla, eh? –preguntó Sharpe al chaval.

–En efecto, señor.

–Pues ya puedes darte con un canto en los dientes –manifestó el descamisado fusilero–. ¿Conoces alguna oración, Bee?

–Desde luego, señor.

–Pues haz el favor de decirla, mozalbete. Este buen hombre que aquí yace luchó siempre con valentía y queremos que vaya derechito al cielo.

–Muy bien, señor.

Al acercarse al borde del modesto túmulo y juntar piadosamente las manos, la voz de Bee dio muestras de un nerviosismo insoportable.

–*Dormi fili, dormi* –comenzó a desgranar vacilantemente, pero después reunió todo su coraje y confirió mayor firmeza a sus palabras–: *Mater cantat unigenito. Dormi, puer, dormi. Pater nato clamat parvulo...*

De pronto, se detuvo en seco.

–Amén –dijo solemnemente Burrell.

–Amén –lo imitó Sharpe–. Creo que lo has hecho muy bien, Bee.

–¿Quiere que siga, señor?

–Estoy seguro de que basta con eso. A mí me ha dado la impresión de que nos has ofrecido una plegaria en toda regla.

–La aprendí de mi madre –aclaró Bee. Parecía tan frágil que Sharpe se preguntaba cómo alcanzaba a sostener siquiera el mosquete.

–Lo has hecho muy bien, chico –confirmó Harper antes de coger una botella del petate y verter la mitad de su contenido sobre el sepulcro–. Un chorrito de brandi para que llegues con bien el paraíso, Dan.

–¡Maldita sea! –escupió Sharpe, airado, mientras se secaba las lágrimas con los puños–. Era un buen hombre.

–El mejor –corroboró emocionado su compañero de armas.

–Tráeme el caballo, Pat –pidió Sharpe, sorprendido al ver instalarse el desconcierto en el rostro del recluta Bee.

–¿Su caballo, señor? –quiso enterarse el mozo.

–¿También tú te llamas Pat?

–En realidad, es Patrick, señor.

–Pat Bee... –repitió el fusilero, con expresión divertida–. El sargento Pat Harper irá por mi montura, no te preocupes.

De hecho, como el segundo de Sharpe ya se había puesto en marcha para cumplir el encargo, éste dirigió la vista a Burrell.

–Estaré con usted en un instante, capitán –dijo.

Se enfundó la camisa y su desgarrada guerrera verde de fusilero, cubierta de sangre y pólvora quemada, se anudó a la cintura el fajín rojo, igualmente hecho jirones, y finalmente enganchó la espada al cinto y se echó al hombro el rifle de Hagman. Trocó el sombrero de paja por un chaco en el que se apreciaba la raída cicatriz de la bala del mosquete francés que a punto había estado de llevárselo al otro mundo e hizo bocina con las manos.

–¡Capitán Price! –gritó.

Harry Price cruzó a la carrera el prado que se abría tras el alargado caballón montañoso, ya que ésa era la zona en que había asentado los reales el grueso del batallón.

–¡Diga, señor!

–Lo dejo al mando. He de trasladarme a Bruselas y sólo Dios sabe cuándo estaré de vuelta. Disponga piquetes de guardia para esta noche.

–¿Cree que los franceses volverán a la carga, señor?

–Esos mamonzos aún no han parado de correr, Harry, pero lo exige el reglamento. No lo olvides: piquetes...

–Se volvió para mirar a Bee–. ¿En qué compañía estás, Bee?

–Todavía no me lo han dicho, señor.

–Llévatelo, Harry, yo diría que pertenece a la infantería ligera.

–De las más ligeras del mundo, señor –replicó con sorna Price al observar la frágil complexión de Bee.

Sharpe dio un par de chelines al esmirriado infante por la oración que tan apropiadamente había sabido desgarrar, y acto seguido se aupó de un salto a lomos del caballo. El animal, arrebatado a un dragón galo, llevaba en la sudadera verde una «N» bordada y enmarcada entre dos guirnaldas.

–Cuida de Nosey<sup>1</sup> –dijo Sharpe a Harper.

–Esta noche Nosey estará dándose un festín de fresquísima carne de caballo, señor –repuso el aludido–. Además, Charlie Weller bien puede ocuparse de él. Desde luego, yo voy contigo, ni lo dudes.

–No es necesario, Pat.

–Voy contigo y no se hable más, insistió tercamente Harper, echando a correr para subirse a su propio rocín. Un suave trotecillo le permitió alcanzar a Sharpe, que marchaba tranquilamente a poniente para reunirse con el ele-

1 Como recordará el lector de *Sharpe en Waterloo*, Nosey es el nombre del sabueso que el fusilero encuentra inopinadamente en Normandía, en un período de paz que pasa junto a su querida Lucille. Como se explica a renglón seguido, el nombre del animal es un guiño que alude al duque de Wellington, ya que así lo llamaban los soldados, debido a su prominente nariz ganchuda. (*N. del T.*)



gante caballero inglés que tanta paciencia había demostrado.

–¿Quién es Nosey? –preguntó Burrell con aire divertido al enterarse de la conversación.

–Mi perro.

–Puede que al duque no le guste el nombrecito, señor... –prosiguió Burrell, burlón.

–Es que el duque no tiene por qué enterarse... Además, se ha pasado la vida dándome órdenes, así que ponerle Nosey a un chuchó es mi forma de devolverle el golpe. Lo que me lleva de nuevo a preguntar: ¿qué tripa se le ha roto ahora al duque?

–Ha insistido mucho en decírselo personalmente, señor.

Los tres caballos avanzaban calmadamente por el sendero que recorría el lomo del altozano. Pasaron frente a un grupo de cañones franceses capturados, todos ellos con la boca de fuego ennegrecida. Sharpe giró la vista a la derecha para examinar detenidamente el punto en el que la Guardia Imperial había ascendido la colina en su ataque. La zona seguía cubierta de un montón de cadáveres, totalmente desnudos en su mayor parte, ya que, al amparo de la noche, los campesinos se habían introducido subrepticamente en el campo de batalla para despojarlos de todo cuanto llevaran encima.

–¿Ha combatido usted aquí? –preguntó Sharpe al capitán.

–En efecto, señor. Lo he visto encabezar a su batallón al pie de la loma. Una maniobra muy bien realizada.

Sharpe soltó un quedo gruñido. En su memoria, el choque seguía siendo una masa confusa, básicamente formada por una sucesión de imágenes invariablemente envueltas en una espesa humareda tras la cual se entreveía, amenazadora, la azulada silueta de los uniformes franceses.

Lo que sí recordaba con claridad era el fin de las hostilidades, ya que en ese momento había ordenado romper filas al batallón para hacerlo rotar hasta colocarse en el flanco izquierdo de la guardia imperial y descerrajar desde allí una letal descarga de mosquetería.

–Fue un movimiento totalmente desesperado, capitán –señaló a modo de explicación.

–Que le ha valido a usted la atención del duque y su nombramiento como comandante en jefe –remató Burrell con tono admirado.

–Puede que quiera desdecirse... –observó Sharpe con gesto sombrío.

–No lo creo, coronel –lo tranquilizó Burrell, aunque en su voz tintinearán todos los matices salvo el de la certeza–. Se lo oí decir con gran aplomo –recalcó–. Por cierto, ¿qué ha sido del coronel Ford?

–Ha perdido el juicio –comentó Sharpe–. Pobre...

–Pobre hombre, en efecto...

Burrell sorteó con su montura los cuerpos inertes de una docena de caballos franceses amontonados en el amasijo sangriento dejado por la explosión de metralla que había arrancado las tripas y el valor a la caballería francesa atacante.

–¿Cómo se llama este lugar? –quiso saber Sharpe.

–Bueno, la granja que ve ahí se conoce con el nombre de Mont-Saint-Jean, pero el duque ha preferido denominar Waterloo al encontronazo, igual que la población más próxima.

–La batalla de Waterloo –reflexionó en voz alta Sharpe, pensando en la extraña sonoridad del nombre–. ¡Ojalá sea la última que libremos!

–¡Amén, señor! –soltó ceremoniosamente Burrell–. Pero nadie sabe lo que puede pasar de aquí a que lleguemos a París.

–¿París?

–Mañana mismo emprenderemos la marcha. –El tono de Burrell parecía casi el de una disculpa.

–¿Hacia París?

–En efecto, señor.

La trocha que cruzaba el cerro venía a morir en la carretera de Bruselas, que los tres caballeros tomaron en su ramal izquierdo. Pasaron al trote frente a la casa de labranza de Mont-Saint-Jean, ante la cual dos casacas rojas se esforzaban en mantener a raya a los perros vagabundos que olisqueaban golosamente la pila de brazos y piernas amputados que se había formado junto a la alquería en la que trabajaban los cirujanos de campo.

–En su mayor parte, los heridos están ya en Bruselas –aseguró Burrell al tiempo que se encogía, entre sobrecogido y espantado, ante la dantesca visión de aquel túmulo cubierto de regueros sangrientos–. ¡Pobre gente!

–Pero todavía hay muchos tendidos en tierra –puntualizó Sharpe–. De hecho, había enviado al alba cuatro compañías para rescatar a los hombres que yacían desamparados en el valle. El resto de sus hombres tuvieron que atarearse en la excavación de fosas...

–Ha sido terrible –dijo Burrell.

–De lo peor que yo haya visto...

–Pues, por lo que me dice el duque, tiene usted una vasta experiencia, ¿no es así, señor? –El joven caballero había preferido dar un tono interrogativo a su observación.

–¿Eso ha dicho el duque?

–Asegura que es usted un hombre notable, señor.

Sharpe ocultó su sorpresa.

–Bueno es saberlo –masculló.

–¿Es usted un oficial salido de las filas de tropa, señor?

–trató de informarse Burrell cautelosamente.

–Ya ha visto usted cómo tengo la espalda, capitán. ¿Ha visto alguna vez que se azote a los oficiales?

–No, señor.

–Me alisté en el 93..., en los Havercakes<sup>2</sup> –explicó Sharpe–. Ascendí a sargento en el 99, y cuatro años más tarde me convertí en oficial del ejército.

–Y también sé que capturó usted un Águila –dijo el capitán con deslumbrada expresión de asombro–. Fue en Talavera, ¿no es eso...?

–Así es –respondió el coronel.

–¿Cómo se las arregló para lograrlo...? –quiso averiguar Burrell.

Sharpe le dedicó una larga e inquisitiva mirada. Tenía delante a un jovencito de rostro lozano y claros ojos azules. En su opinión, no debían de haber transcurrido más de dos o tres años desde que dejara la academia militar. Sin embargo, pertenecía a la pequeña nobleza, y por consiguiente se le había concedido ya el grado de capitán. Sin contar con que también disfrutaba del respaldo del duque.

–Si lo conseguí fue peleando hombro con hombro con Patrick –contestó ásperamente Sharpe al tiempo que señalaba con un ademán a Harper–. Tuvimos que abrirnos paso hasta perforar una columna francesa. ¡Maldita sea! Ayer también estuve a punto de repetir la jugada, pero había demasiados cabronazos de éstos.

–Y por eso se ve ahora al mando de un batallón –rememoró Burrell.

Sharpe no lo tenía tan claro. Su ascenso a teniente coronel se había debido exclusivamente a la necesidad de

2 Apodo familiar del regimiento del duque de Wellington. El sobrenombre de Havercakes se debe a que sus sargentos llevaban tortas de avena en la punta de las espadas para atraer a nuevos reclutas. (*N. del T.*)

conferirle el rango preciso para que pudiera actuar como edecán de Guillermo, el príncipe de Orange, un principito imberbe y un tanto idiota que le había sido impuesto al duque como precio a pagar por la ayuda que las tropas holandesas habían prestado a las fuerzas inglesas en la lucha que acababa de culminar con la derrota del emperador en la loma baja del Mont-Saint-Jean. Orange, que había traído más perjuicios que ventajas a la causa aliada, había despedido a Sharpe en pleno combate, pero éste había regresado junto a su batallón y tomado las riendas del mismo al ver que el coronel Ford se daba a la fuga, presa del pánico y la confusión. El duque, al comprender que Sharpe se había puesto al frente de los Voluntarios del mismísimo príncipe de Gales y que los estaba guiando en el ataque a la guardia napoleónica, había exclamado que el batallón se hallaba ahora a las órdenes de Sharpe, pero éste no sabía si el nombramiento iba a ser permanente o no. Él quería ejercer el mando, pero temía (y esperaba) que el duque lo destituyera y pusiera a otro hombre en su lugar.

La carretera acabó internándose en el bosque de Soignes, bajo cuyos árboles vivaqueaban montones de hombres que, apelotonados, ahumaban la fronda con sus fuegos de campamento. Al otro lado de la extensión arbolada se alzaba la pequeña población de Waterloo, y, una vez superada ésta, la carretera serpenteaba en un entorno rodeado de serenos campos de cultivo hasta alcanzar la ciudad de Bruselas, cubierta por el casquete gris que lenta y diariamente tejía el aliento de sus numerosas chimeneas.

—Creo que la guerra ha terminado —señaló Burrell al ver el gran nubarrón de hollín que coronaba la urbe.

—En efecto. Ahora podrá irse a casa, capitán.

–Pasando primero por París –se apresuró a remachar Burrell.

–Bien, pero quizás haya que luchar para conseguirlo –advirtió Sharpe.

–¿De veras lo cree, señor?

–No tengo ni idea... Espero que no, pero haremos lo que haya que hacer. Desde luego, cuanto antes acabe todo, mejor. Sólo entonces podremos volver a nuestros hogares.

–¿Dónde vive usted, señor?

–En Normandía.

Burrell lo miró asombrado.

–¿En Normandía, dice?

–Mi esposa es francesa –explicó Sharpe– y posee una granja en esa región. –La expresión de Burrell le arrancó una sonrisa–. También a mí me cogió de sorpresa, capitán –bromeó–. Se pasa uno la vida combatiendo a esos hijos de puta y sin saber cómo termina compartiendo los días con una de sus mujeres... La vida nunca le da a uno lo que espera obtener de ella.

–Tengo buenas noticias para usted –soltó de improviso Burrell.

–¿Cómo?

–El príncipe de Orange se recupera satisfactoriamente de sus heridas. Supuse que le gustaría saberlo...

Sharpe volvió a rezongar. El príncipe había recibido un balazo en el hombro y a Sharpe le habría encantado que el proyectil se hubiera hundido un poquito más abajo, directamente en el corazón, porque las imbecilidades del hidalguillo no habían servido más que para aniquilar cuatro o cinco batallones en tres jornadas.

–Los cirujanos han extraído el plomo –detalló Burrell–, y es una herida limpia.

–Perfecto –logró articular Sharpe sin convicción.

–¡Sin embargo, el duque afirma que la bala salió de una de nuestras armas!

–¿De alguien de nuestro bando?

–Todavía lleva pegados unos pedacitos de cuero, señor. ¿Y no es verdad que nuestros fusileros envuelven las balas en un trozo de piel de vaca?

–Muy cierto, sí –concedió Sharpe–. De ese modo la bala se sujeta mejor en el cañón.

–El duque sospecha que ha sido uno de los nuestros quien ha disparado contra el príncipe –desveló el capitán.

–¿Y por qué demonios haría alguien una cosa así? –se preguntó Sharpe, con la creciente sospecha de que a lo peor ése era el motivo de que el duque lo hubiera mandado llamar. La verdad era que en el momento de descestrar el fusil sobre el príncipe se hallaba a menos de cien pasos de él, tras el altozano desde el que oteaba el duque la batalla. «¡Maldita sea!», pensó. La bala debería haberle dado en pleno pecho al señoritingo aquel; tendría que haberle reventado el corazón. Y, sin embargo, el tiro había salido alto. ¿Habría visto el duque la maniobra? En ese caso, se dijo, estaba claro que ya no se hallaba al frente de ningún batallón. De hecho, tendría suerte si lograba eludir un consejo de guerra y el deshonor... ¿Qué pena podía aguardar a quienes atentaban contra la realeza? ¿La soga? ¿O era el pelotón de fusilamiento?–. Hay gabachos que utilizan los rifles que nos arrebatan en combate –añadió Sharpe en un tono que revelaba que ni él mismo se lo creía.

Burrell no volvió a abrir la boca. Se limitó a conducir a Sharpe a la ciudad y permaneció callado hasta que ya sólo fue preciso entregar las riendas a los oficiales de guardia que esperaban su llegada y subir los peldaños que los separaban del cuartel del duque.

Con un ademán, el capitán Burrell indicó a Pat Harper la puerta de las cocinas y aseguró al fornido irlandés que allí le servirían un buen plato de comida, amenizada con vino de calidad. Acto seguido, guio a Sharpe por un dédalo de corredores.

–El duque está en la biblioteca –dijo a Sharpe al tiempo que golpeaba suavemente con los nudillos el ancho batiente de una puerta noble.

Una voz severa respondió a la señal y Burrell acompañó a Sharpe hasta la sala, iluminada por el torrente de claridad que dejaba entrar un gigantesco ventanal de orientación norte. Las paredes aparecían cubiertas de anaqueles, repletas, a su vez, de volúmenes encuadernados en cuero. El duque se encontraba sentado en una mesa redonda prácticamente oculta bajo los papeles y legajos repartidos por su superficie. Sin embargo, lo más preocupante era que Rebecque se hallaba sentado a su lado.

El barón Rebecque era un buen hombre cuya misión consistía en actuar como primer asesor y ayuda de campo del príncipe de Orange. Al ver entrar a Sharpe, el aristócrata sonrió y esbozó un sucinto saludo con un leve movimiento de cabeza. Sin embargo, el duque lanzó una mirada fría al coronel y pronunció su nombre con una suerte de bufido.

–Excelencia –respondió torpemente Sharpe al recordar que debería haberse tomado el tiempo necesario para afeitarse en el batallón antes de ponerse en camino.

–Rebecque me asegura que el príncipe de Orange se recuperará.

–¡Una gran noticia, excelencia!

–Se trata de una herida limpia, sin complicaciones, Sharpe –intervino Rebecque–, aunque su alteza todavía sufre grandes dolores... Pero los cirujanos están seguros de que se recuperará.



–Me alegro mucho –insistió Sharpe.

–¿De veras, oficial? –quiso cerciorarse el duque.

–¡Por supuesto, señor!

–La bala procedía de una de nuestras armas –subrayó el duque–; del mismo calibre que los rifles que usamos en batalla. Las que emplean los franceses no tienen el mismo tamaño...

–Pero sí que se sirven de las municiones que nos arrebatan, señor –puntualizó Sharpe–. Y los proyectiles de nuestros fusiles encajan prácticamente a la perfección en sus mosquetes.

–Y, en ese caso, ¿cómo explica usted el trozo de cuero que hemos encontrado adherido a la bala? ¡Los franceses no envuelven el plomo!

–Es cierto que no lo hacen, señor, pero creo recordar que el príncipe llevaba un morral en bandolera y que la correa de cuero le cruzaba el hombro. El trozo de material proviene muy probablemente de esa sujeción.

De hecho, Sharpe estaba totalmente seguro de que ésa tenía que ser forzosamente la causa, porque, en el apresuramiento de la acción, Sharpe no había envuelto la bala en el preceptivo parche de cuero engrasado, razón que podría explicar, por lo demás, que el tiro se hubiera desviado hacia arriba.

–Además –prosiguió–, nuestras piezas de cuero salen ardiendo del cañón y se queman, señor.

Sharpe sabía que el tratamiento que debía darse al duque era muy concretamente el de «excelencia», pero se le hacía raro.

–Si lo preguntamos, coronel –terció Rebecque amablemente–, es porque hay testigos que lo sitúan a usted en la falda de la colina, justo debajo del príncipe, instantes antes de que cayera herido...